

Reseña / Review

Javier García Liendo, *El intelectual y la cultura de masas. Argumentos latinoamericanos en torno a Ángel Rama y José María Arguedas*. West Lafayette, IN: Purdue UP, 2017.

**De bolsilibros y radios portátiles:
la reproducción masiva de la cultura en el siglo veinte**

José Eduardo González

University of Nebraska

Es ampliamente aceptado, como parte de la historia cultural reciente, que el intelectual latinoamericano ya empezó a perder su tradicional influencia social a partir de los últimos treinta años del siglo XX. Es igualmente conocido el alegato que los medios de comunicación masiva jugaron un papel importante en la disminución de ese poder. Esta idea se ha convertido en uno de los lugares comunes para los críticos interesados en la cultura de la región y es, por lo mismo, una teoría ampliamente utilizada para explicar la emergencia de nuevos estilos, rutas, modos de pensamiento (etc.) a finales del siglo, o para criticar las supuestas limitaciones del pensamiento del periodo anterior. Se trata así de una crítica a la “ideología” de la época en que el escritor todavía poseía “poder” o justificaba su escritura como un intento de hablar por otros. Pocos críticos culturales se detienen, sin embargo, a intentar explicar lo que sucedió en la transición de un periodo a otro, a dar los detalles de lo que fue un complejo proceso, a explicar que no se trató de una historia lineal sino que tuvo orígenes diversos. Entre los muchos elogios que merece el libro de Javier García Liendo se encuentra su interés en relatarnos de manera sofisticada las diferentes actitudes y reacciones a la

llegada de la cultura de masas y, lo que es más importante, los esfuerzos por utilizar los nuevos modos de comunicación para crear una cultura democrática latinoamericana. Según García Liendo, tanto Rama como Arguedas, “no sólo percibieron las nuevas condiciones materiales, sino que rediseñaron formas de intervenir en ellas” (4), especialmente por medio de una reorientación de la cultura de la imprenta. Es decir, buscaban realizar su intervención cultural a través del uso de las estrategias de impresión diseñadas originalmente por la industria cultural con el propósito de aumentar el consumo masivo de productos escritos.

El primer capítulo nos da una historia de la cultura de masas como concepto clave en la recepción del impacto del capitalismo en América Latina. El recorrido comienza resumiendo la asociación inicial—en la década de los 60—de la cultura de masas con la expansión de la cultura de los Estados Unidos y el rechazo de la “americanización” de la vida. La recepción inicial de la cultura de masas estuvo entonces enmarcada por el discurso de la guerra fría, y resultó en un lenguaje que atacaba el neocolonialismo y la dependencia cultural. En otras palabras, en las posiciones de los intelectuales se defendía una cultura “nacional” o “latinoamericana” frente al imperialismo cultural y la manipulación ideológica, sin darse cuenta que esa cultura nacional “era una imposición de las minorías letradas sobre los sectores populares” (17). García Liendo nota que en los sesenta y principios de los setenta los ataques a los medios de comunicación de masas se dirigían mayormente a la cultura de la imprenta (por ejemplo, la crítica al contenido inferior de *Selecciones del Reader's Digest* o recuérdese el conocido libro de Dorfman sobre los cómics) ya que otros medios, como la televisión, todavía no poseían un gran alcance. La transformación que ocurre en las ciudades latinoamericanas durante ese periodo y el aumento en los índices de alfabetización, sin embargo, alteraron drásticamente la sociedad y la cultura de la región, creando públicos masivos. El rol tecnológico más importante lo tendrán la radio y la imprenta gracias a la creación de productos que llegan al alcance de muchos fácilmente: la radio portátil y el libro de bolsillo. Rama y Arguedas representan una nueva actitud de algunos intelectuales latinoamericanos que reconocen el impacto que el capitalismo y la tecnología estaban teniendo en la producción cultural. En los capítulos que siguen, García Liendo se enfoca en los esfuerzos que realizan ambos intelectuales, partiendo de situaciones locales muy diferentes, para redirigir los nuevos modos de producir cultura para las masas y crear un “espacio cultural” diferente que el que se crea con los productos de la cultura de masas que viene de los Estados Unidos.

La idea del *espacio* cultural que el autor comienza a exponer en las

próximas páginas, se refiere a la relación entre productos masivos del capitalismo y el público que los consume. La visión que desarrollan Rama y Arguedas— independientemente el uno del otro, pero ambos reaccionado a similares condiciones sociales—será la de sustituir el poder hegemónico que controla ese espacio creado por el capitalismo, en un espacio diferente: se mantiene el proceso de producción en masa, se mantiene la idea de transmitir una cultura a un público lector que ha crecido en números antes no concebidos gracias al aumento en los niveles de alfabetización, pero el tipo de cultura que se difunde es diferente.

Los próximos dos capítulos son dedicados a Ángel Rama. García Liendo estudia las prácticas editoriales del crítico uruguayo, especialmente a través de su casa impresora, Arca, especialmente en relación a su interés que “la cultura de la imprenta latinoamericana pueda funcionar, material y simbólicamente, como lo estaba haciendo la cultura de masas” (31). Rama reconoce las posibilidades democráticas que las revistas, el cine, los *bestsellers* han abierto al crear un “circuito de comunicación y aprendizaje” (31), adquiriendo una función pedagógica similar a la que cumplían anteriormente los intelectuales. La apropiación de las estrategias editoriales dirigidas a las masas se concentra en la producción de libros del bolsillo, utilizando características estéticas similares a las de la literatura popular. Los contenidos de la línea de bolsilibros que publicará Rama y su grupo, explica García Liendo, estaban relacionados a la cultura y la historia de Uruguay y del Río de la Plata, y abarcaban diversas disciplinas humanísticas y sociales. El éxito de los libros de bolsillo es descrito por García Liendo como un *boom* local antes del “Boom,” que como se sabe fue un fenómeno internacional, y el autor del estudio detecta similares proyectos que aparecen durante la misma época y son dirigidos por intelectuales como Scorza y Alejo Carpentier en otras áreas de la región.

Uno de los proyectos más interesantes estudiados por García Liendo es la *Enciclopedia Uruguaya* (1968-69), publicada por Rama y un equipo de intelectuales uruguayos para competir en los mismos espacios donde se vendían las revistas y la literatura que consumían los lectores populares. Si por un lado se utilizaban “diseño gráfico, estilos y colores que dialogan con la estética *pop* estadounidense” empleando “montajes gráficos, caricaturas, dibujos y fotografías” (46-7), por otro lado, el contenido refleja un deseo de presentar una cultura nacional alternativa, una revisión de lo que era la historia nacional vista desde el punto de vista de temas y grupos excluidos de la visión difundida por el estado. Igualmente fascinante es el capítulo tres en el cual el autor trata de “completar” la historia del letrado latinoamericano que Rama presentó en su libro póstumo, *La ciudad letrada*. A la periodización de la unión de la escritura y el poder que Rama presenta, y que

lleva a una visión pesimista sobre las posibilidades de retar el poder y la continuidad de los letrados, García Liendo añade una nueva etapa que él llamará el “ciclo popular”. Este “ciclo” resulta del impacto de la mercantilización e industrialización en la sociedad latinoamericana, los cuales transforman la relación entre el intelectual y la cultura regional en el siglo XX. Durante el ciclo popular se democratiza el modelo comunicativo de la ciudad letrada tradicional, cuyo público hasta ese momento era principalmente otros letrados, y se abren nuevos canales de comunicación, ahora para un público masivo. Durante el ciclo popular, entonces, “se intensifican las formas de articulación de lo popular en el espacio de la escritura” (79). En otras palabras, las prácticas editoriales de Rama para apropiarse del espacio creado por la cultura de masas pueden ser situadas históricamente como parte del ciclo popular. Ocurre, a partir de ese momento, un mayor contacto entre los intelectuales y las masas, en un espacio distanciado de la influencia del estado y de la ciudad letrada.

Los últimos capítulos del libro son dedicados al escritor peruano, José María Arguedas y las “tensiones comunicativas” que ocurren entre las nuevas tecnologías y las estrategias de comunicación, y la visión de una cultura nacional que busca desarrollar el narrador. García Liendo comienza analizando el lugar que ocupó la revista *Amauta* en la transformación de la cultura de la imprenta peruana, localizando esa publicación dentro del marco de lo que había llamado el ciclo popular en los capítulos sobre Rama. La importancia de la *forma* revista es que este tipo de publicación permite diseñar “un campo más autónomo y politizado con respecto a la prensa comercial” (107). Esta visión de *Amauta* como un intento de “modificar la hegemonía criolla...en el espacio de la cultura de la imprenta” (108), ayuda, según el autor, a repensar la figura de los intelectuales indigenistas, cuyas contribuciones han sido muchas veces cuestionadas y descalificadas como una manera de “ascender en posiciones de poder y obtener beneficios personales o de clase” (108). La intervención de *Amauta* en el mundo de la imprenta fue el modelo que siguió Arguedas cuando tuvo la oportunidad de ser el primer director de la Casa de la Cultura—creada bajo la presidencia de Belaúnde Terry—y comenzó un plan para editar libros y revistas con los cuales pretendía contribuir a la formación de una cultura nacional que se distanciara de las pretensiones de homogeneidad del gobierno de Belaúnde Terry. En su visión, era necesario para lograr su proyecto hacer simultáneamente dos cosas: primero, darle acceso a los grupos indígenas y a las masas populares a las ideas y el arte de la “cultura llamada occidental” y, segundo, llevar los valores indígenas a los grupos privilegiados, a los “sectores sociales que ignoran [esos valores] o los desprecian” (116). Aunque

Arguedas solo se mantiene un año en el puesto de director, bajo su tutela se concibe y diseña la revista *Cultura y Pueblo*, cuyo contenido García Liendo analiza en relación al deseo de poner en práctica la visión del novelista peruano y llevarla a un público masivo. El autor nota las diferencias entre las situaciones en las buscaban intervenir Rama y Arguedas con sus proyectos culturales: “Mientras el uruguayo percibe en [el mercado] un medio de politización de la cultura, Arguedas recurre al Estado. Posiblemente era el único medio para realizar en el Perú un proyecto de cultura de la imprenta a nivel nacional” (125-26).

El capítulo final del libro estudia un tipo de relación diferente entre Arguedas y la cultura de masas: no la relación con la imprenta, sino con la música y las tecnologías para grabar y difundir la música andina. Al igual que en el caso de la imprenta, Arguedas busca una manera de utilizar el nuevo método de difundir la cultura, esta vez en relación a los nuevos espacios culturales creados dentro del marco de las migraciones masivas al ambiente urbano. Arguedas encuentra valor en la industrialización de la cultura (siempre que los productores no se sometan a las demandas comerciales del mercado), explica García Liendo, como un medio de conformar “nuevos espacios culturales” en los que las culturas tradicionales se puedan fortalecer y se conviertan en protagónicas. La tecnología de la cultura de masas podría convertirse así en una manera de lograr la andinización de la cultura nacional. Se trata entonces de un proceso en el cual, en un primer paso, las migraciones masivas convierten lo rural en urbano y, en un segundo paso, las tecnologías de la cultura de masas y su difusión de productos, convierten lo folklórico en *cultura popular*. Dentro de ese contexto García Liendo estudia los esfuerzos de Arguedas, desde su nombramiento como Conservador General de Folklore en el Ministerio de Educación (1947), por utilizar la tecnología para crear un archivo de música andina, y por contactar casas de discos para difundir la música tradicional por los mismos canales en que se difundía la música popular urbana: “es posible rastrear en el trabajo conjunto de Arguedas”—cuenta el autor de este estudio—“la importancia de este nuevo contexto productivo en el que la música andina se encuentra con nuevas mediaciones mercantiles y de reproducción técnica, que la llevan hacia el espacio...de la cultura de masas... [En] lugar de desaparecer [la cultura tradicional] se ha fortalecido, imponiéndose y rompiendo la hegemonía de la cultura criolla en el espacio urbano” (141).

Una de las grandes contribuciones del estudio de García Liendo consiste en ver bajo nueva luz datos que ya conocíamos sobre Arguedas—la importancia de la música, claramente evidente en obras como *Los ríos profundos*, o su ambivalente relación con la modernidad, por ejemplo—al colocar su desarrollo

como intelectual en relación a la transformación cultural iniciada por la cultura de masas. Los capítulos dedicados al escritor peruano son una contribución significativa al corpus crítico de quien fue uno de los grandes novelistas latinoamericanos del siglo XX. Sin embargo, me gustaría aprovechar esta reseña para llamar la atención sobre el valioso trabajo que realiza García Liendo para la crítica ramiana. El repentino fallecimiento de Rama tuvo el inmediato efecto de producir una gran cantidad de textos en homenaje al crítico uruguayo, muchos de ellos escritos para conmemorar, entre otros aspectos, las diferentes facetas de su producción intelectual y el impacto de sus interacciones con docenas de escritores, artistas, pensadores a través de su vida. Extrañamente la situación posiblemente tuvo el inesperado efecto de retardar el análisis crítico de su obra, el cual no comenzó de manera importante sino hasta los años 90, con estudios como la tesis doctoral de Maribel Ortiz (1993) y artículos como el de Carlos Alonso (1996). A estos se sumaron, más tarde, los ensayos reunidos en el volumen editado por Mabel Moraña en 1997.

Las teorías de Rama comenzaron entonces a ser objeto de estudio serio, pero esa recepción tardía ocurría dentro de un marco inesperado, que incluía la influencia de la crítica posestructuralista y el nuevo interés en los estudios culturales. El resultado de ese encuentro fue interesante, si bien algo desigual. Por un lado, se producían valiosos artículos que cuestionaban muchos de las preconcepciones de la producción teórica de Rama; por otro, estos estudios se basaban comúnmente en lecturas parciales de su obra. Ya fuera porque se enfocaban en los “libros” que escribió, en algún artículo individual, o en temas aislados desconectados de la evolución de su pensamiento, el resultado era a veces la imagen de una obra fragmentada, incompleta, altamente heterogénea. Otro gran problema era la descontextualización de su obra. No sólo era necesario estudiar a Rama en relación a la época histórica en la que creó y actuó, también era obvio que a pesar de la gran cantidad de anécdotas y memorias en los artículos-homenajes, pocos intentos se hacían para investigar las condiciones personales, las tensiones y contradicciones de las cuales emergió su obra crítica. Los trabajos de Pablo Rocca, hay que reconocer, han sido muy valiosos para llenar muchas lagunas históricas en ese último aspecto, pero queda mucho trabajo por hacer. Es claro, entonces, que la gran importancia del estudio de García Liendo dentro de los estudios ramianos, radica en su interés de leer las ideas y acciones de Rama en relación a los cambios que la tecnología, el uso de la imprenta y la cultura de masas en general efectuaron en el ambiente cultural de América Latina en las décadas de los 60 y 70, y conectar los proyectos culturales del crítico uruguayo a

los esfuerzos de otros intelectuales de la región durante el mismo periodo. Si mostrar la sincronía entre las actividades de Rama como promotor cultural y su pensamiento crítico es una contribución importante de este estudio, igualmente importante es su lectura de *La ciudad letrada*, la cual es obviamente mucho más compleja que lo que he podido resumir aquí. Siguiendo las ideas de Julio Ramos, Carlos Altamirano y otros, García Liendo se enfoca en rastrear en el texto las distinciones entre los intelectuales y los letrados. Señala que “el objetivo de Rama es mostrar al intelectual como un *disidente* de la ciudad letrada” (81) aunque todavía ese intelectual comparte “el apetito de poder y bienestar económico” (81) con los letrados. Esta posibilidad de un intelectual “disidente”, diferente del letrado tradicional es importante para la emergencia del ciclo popular que propone García Liendo: “De *Amauta* a *Marcha* podemos trazar una línea productiva en la que los intelectuales desarrollan un espacio más autónomo, ya no sólo con respecto al Estado, sino también a los periódicos, que empiezan a alinearse con empresas comerciales, sobreponiendo los criterios de información y publicidad” (84) .

Los componentes de la lectura de uno de los textos principales de Rama que ofrece García Liendo—su propuesta de contrastar intelectuales vs. letrados, su análisis de los “tres anillos” que componen la versión colonial de la ciudad letrada, por ejemplo—son interesantes y extremadamente valiosos, y no están generados por la influencia de teorías posestructuralistas, sino por su propia teoría del ciclo popular, la cual periodiza la influencia de la imprenta en la trayectoria de los letrados. Gracias a su conocimiento exhaustivo de la obra de Rama, gracias a su insistencia en considerar la obra de Rama como una *totalidad*, García Liendo abre nuevos caminos para estudiar la obra de este importante intelectual uruguayo.